

## EL TIEMPO Y SU CIRCUNSTANCIA

Miquel Barceló

Aunque estemos en el siglo XXI, me temo que en esta PARADOJA voy a volver al siglo XVIII con la interpretación que daba Immanuel Kant (1724-1804) al espacio y al tiempo. Según pensaba Kant, el espacio y el tiempo *no son características que las cosas tengan independientemente de nuestro conocimiento de ellas*. Kant distinguía entre el espacio, como una forma *a priori* de la Sensibilidad Externa (la que percibe las cosas físicas), y el tiempo, como un *a priori* de la Sensibilidad Interna (la que percibe la propia vida psíquica). Bien es sabido que Kant era tan metódico que sus vecinos ponían en hora sus relojes al verle pasar, señal de que su *a priori* del tiempo era casi como el de un reloj.

Los siglos (tiempo al fin y al cabo...) han pasado con provecho, y hoy sabemos del tiempo como una cuarta dimensión según nos enseñó la teoría de la relatividad de Einstein, la que justificó el nuevo concepto de espacio-tiempo.

Al cerrar el siglo, en 1995, supimos de la teoría-M de Edward Witten, un intento de unificar las cinco teorías de supercuerdas y supergravedad en once dimensiones: las tres conocidas del espacio, la del tiempo y otras siete dimensiones, también espaciales, que parecen formar una especie de ovillo encerrado en sí mismo y de un tamaño minúsculo (del orden de  $10^{-33}$  cm). Naturalmente, el tiempo sigue siendo una de esas once dimensiones.

Volvamos pues a Kant y su consideración del tiempo como un *a priori* (previo incluso a la experiencia). Gracias a estas formas de la Sensibilidad, decía Kant, el sujeto pensante estructura todas sus sensaciones proyectando lo conocido en el constructo espacio-temporal (las cosas físicas en el espacio-tiempo y las percepciones psíquicas en la dimensión meramente temporal).

Como muchos sabemos, el tiempo, que por suerte los relojes miden acertada y ajustadamente, resulta variable en nuestra percepción: los ratos buenos pasan muy deprisa, mientras que los malos se demoran en como los percibimos en nuestra mente (ya que no particularmente en el tiempo que miden los relojes y que, evidentemente, poco tiene que ver con el *a priori* kantiano).

Recientemente, en una interesante película de ciencia ficción, ha aparecido otra manera de ver el tiempo que, si hay que decir la verdad, tiene mucho más que ver con la economía que con la física. Y con Kant que con Einstein o Witten.

Se trata de *In Time* (2011) de Andrew Nicol, quien ya nos había sorprendido en 1997 con aquella maravilla que fue *Gattacca* (1997). En *In time*, de nuevo con guión propio, Niccol imagina un futuro posible dónde la moneda de cambio de la economía ya no es el dinero sino el tiempo de vida de las personas. El tiempo objetivo de los relojes y, evidentemente, también el percibido por nuestra psique.

La película resulta entretenida y muy recomendable para todo tipo de público por su acción y dinamismo, sin olvidar el interés popular que puedan generar sus actores principales: Justin Timberlake y Amanda Seyfried. Pero lo que a mí me interesa destacar aquí es el nuevo uso del tiempo.

Nuestro sistema socioeconómico queda del todo desvelado con este sencillo paso de una moneda de cambio basada en el dinero a otra centrada en aquello que es realmente el meollo de las cosas: el tiempo de la vida de las personas. Ese viejo *a priori* kantiano trasladado a la economía.

Tras ver *In Time* a pocos espectadores les quedará lejos la idea de que *cuando trabajamos* (evidentemente, los que tienen la suerte de tener trabajo en estos tiempos tan

duros que hoy corren...), *la mayoría de los humanos nos vemos obligados a vender parte de nuestro tiempo de vida*. Hacemos cosas que no son para nosotros sino, y sobre todo, para que obtenga beneficios quien nos proporciona el trabajo. Ocupamos prácticamente la tercera parte de nuestro tiempo de vida en cosas que, en la mayoría de los casos, nos serían ajenas si no fuera por el salario o el sueldo que recibimos a cambio.

De aquí a olvidarse del dinero y hacernos conscientes de que realmente pagamos con nuestro tiempo, con nuestra vida, había un pequeño paso que Andrew Niccol ha sabido dar y, además, de manera muy entretenida y divertida. De visión obligatoria.